

ban, según el dicho del padre del Bautista, sentadas en las tinieblas y en la sombra de la muerte (1); mas para alumbrarlas, el Oriente vino de lo alto y el sol de justicia, de redención y de verdad nació en el mundo obscurecido, para traer en sus alas la sanidad de las inteligencias, enfermas del error, y la sanidad de los corazones, corrompidos por la concupiscencia.

Mas lo que comenzó á obrar Jesucristo desde su encarnación, lo ha continuado y lo ha de continuar operando hasta el fin; y por eso ha dicho: "Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos" (2).

En su infinita sabiduría encontró el medio de continuar por todos los tiempos, y de extender por todos los lugares la maravilla de la encarnación. ¿De qué manera? Por su presencia real, universal y perpetua en el seno de su Iglesia, en el misterio eucarístico. Y así, cuanto anuncian los profetas, de los beneficios de la encarnación del Señor, figurados por los dones temporales, otro tanto podemos entender de los beneficios hechos al mundo por el sol de la Eucaristía. Así, á su aparición, traerá este divino sol en sus rayos la sanidad, la paz y la alegría, y saldrán las almas de la obscuridad de los errores, á la luz de la verdad, y saltarán de regocijo como el becerrillo á quien se sueltan las ataduras (3), y despreciarán á los impíos que les burlan y escarnecen, como anuncia Malaquías. Y cuando el profeta Joel dice á los hijos de Sión: "Alegraos y gozaos en el Señor y Dios nuestro, porque os ha dado el Doctor de la justicia, y hará descender sobre vosotros la lluvia temprana y la tardía, y del trigo se llenarán las eras, y los lagares rebosarán del vino y del aceite, y comeréis hasta hartaros, y alabaréis el nombre del Señor que hizo maravillas entre

(1) *His, qui in tenebris, et in umbra mortis sedent... Visitavit nos, Oriens ex alto* (Luc. I. 79).

(2) *Ecce ego vobiscum sum... usque ad consummationem saeculi* (Math. ult.)

(3) *Saliētis sicut vituli de vinculis relaxati*. (Malach. IV. 2. juxta septuag.) *Et calcabitis impios... (v. 3).*

vosotros (1)"; cierto es que todos estos dones, vendrán con el Doctor anunciado, que es Jesucristo: á su venida, caerá la lluvia temprana de la predicación apostólica, y la tardía de nuestros tiempos; y el trigo que llenará las eras, será el Pan Eucarístico que guardarán los tabernáculos, y el vino será la sangre que correrá en el incruento sacrificio, y el óleo será la devoción y la misericordia. Y en la maravillosa variedad de los sentidos de la santa Escritura, es de notar que la misma expresión que anuncia al Doctor de justicia, en otra versión significa: "os dará manjares para la justicia" (2), como si lo mismo fuese doctor, que manjar, lo que admirablemente pasa en la divina Eucaristía, donde reside el Señor, y de la que ha dicho: "Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida" (3). Y él mismo es la lluvia temprana, que cae como rocío del cielo por la mañana en el altar del sacrificio, y se ostenta tardía, por la tarde y la noche, en el sagrario. Y por esto termina el profeta diciendo: "Y comeréis con abundancia, hasta quedar satisfechos, y alabaréis el nombre de vuestro Dios y Señor que ha obrado con vosotros maravillas" (4).

Así también, cuando Isaías ha anunciado que nuestro Doctor no volará en lo de adelante, y que siempre le veremos, y le oiremos amonestarnos, advierte que se dará la lluvia á la semilla, que el

(1) *Et filii Sion, exultate, et laetamini in Deo vestro: quia dedit vobis doctorem justitiae, et descendere faciet ad vos imbrem, matutinum et serotinum, sicut in principio* (Joel, II. 23). *Et implebuntur areae frumento, et redundabunt torcularia vino et oleo* (Ibid. 24). *Et comedetis vescentes, et saturabimini: et laudabitis nomen Domini Dei vestri, qui fecit mirabilia vobiscum* (v. 26).

(2) *Septuag. vertunt: «Quoniam dabit vobis escam ad justitiam»; Syrus et arabic: «Dedit vobis cibum justitiae».*

(3) *Joan. VI. 56.*

(4) *Et dabitur pluvia semini tuo... et panis frugum terrae erit uberrimus, et pinguis... Et erunt super omnem montem excelsum, et super omnem collem elevatum rivi currentium aquarum, in die interfectionis multorum cum ceciderint turres* (Isai. XXX, 23, 25).

pan será sabroso y abundantísimo, y que en los altos montes y en los collados excelsos, correrán ríos de claras aguas en el día en que muchos mueran violentamente, y las torres se derrumben. Esto es, que cuando queden vencidos los enemigos de la Iglesia, y caigan las máquinas de sus persecuciones, correrán en la Iglesia ríos de paz y de gracia, y aguas de sabiduría y de doctrina (1). Y siempre el pan sabroso y copiosísimo, acompaña al Doctor y al Preceptor, porque siempre Jesucristo enseña y cura y guía en el Ministerio de la Eucaristía.

Mas, ¿cómo el profeta promete que no volará más el Doctor, cuando este mismo divino Doctor dice á su esposa la Iglesia en el Cántico de los cánticos: "Aparta de mí tus ojos porque ellos me han hecho volar"? (2)

¿Vuela, pues, ó no vuela?.....

El ave, cristianos, tiene dos vuelos: ó bien se inclina y tiende inmóviles las alas y descende hasta la tierra, ó bien las bate con rapidez y, levantando la cabeza, se alza hacia el cielo, y se pierde entre las nubes. Del vuelo ascensional dice la Escritura: "He aquí que subirá como el águila y volará" (3); y del vuelo que descende pronuncia: "Como el ave que se abaja para asentar sus pies" (4). Así, el Señor, como águila real "voló sobre las alas de los vientos", según dice David (5), y subió al cielo á la diestra de Dios Padre; pero los ojos de su esposa la Iglesia, es decir, su pura intención y su amor ardiente, le hicieron volar de nuevo descendiendo, como descende cada día á nuestros altares. Y por eso dice San Pablo, que el que ascendió, primero descendió (á los infiernos), y el mismo que descendió,

(1) Ita. Cyril, et Hieron: apud Alapide hic.

(2) Averte oculos a me, quia ipsi me avolare fecerunt (Cant. VI. 4).

(3) Ecce quasi aquila ascendet, et avolabit (Jerem. XLIX. 22).

(4) Et sicut avis deponens ad sedendum. (Eccli. XLIII. 19).

(5) Volavit super pennas ventorum (Psalm. XVII. 11).

ascendió después á los cielos para llenarlo todo (1). Pero descendido de nuevo á nuestros altares, queda en los tabernáculos cautivo voluntario, y como el ave, presa, pero contenta y gozosa en su estrecha mansión, no piensa en volar más á la libertad espaciosa de los aires: "Haré que no vuele más tu Doctor."

Mas, si quiere así volar del cielo á nuestro suelo, y vuela en realidad todos los días, á consolar, á visitar y alimentar á su Iglesia, ¿por qué conjurarla que no le mire? ¿Por qué le dice: "Aparta de mí tus ojos", como si rehusara ó temiera sus miradas? ¿No debiera mejor decirle: clava en mí tus miradas, no apartes de mí tus ojos, pues en mí está tu salud? Cierto es, cristianos; pero puntualmente eso es lo que quiere y es también lo que expresa; solo que hace uso de un lenguaje peculiar del amor, que dice al que ama: "No me mires más, que tus ojos me roban el corazón y me hacen volar hacia tí". Y con eso es como si le dijera: yo anhelo por tus miradas que me arrebatan, no las apartes de mí ni las escondas. Y en la lengua sagrada, tal fuerza tienen esas expresiones, que no sólo indican, tus ojos me hicieron volar, sino que significan, me hicieron sobrepujarme, me hicieron rejuvenecer, me hicieron rendirme triunfando de mí (2). De suerte que á los deseos ardorosos del alma, á las ansias anhelantes de la Iglesia su esposa, Jesucristo, rey de los corazones, como que se siente vencido: sobrepujase á sí mismo en poder y en sabiduría, como que se siente orgulloso de verse tan ardientemente amado; y rendido, superado por la atracción de los ojos de su esposa, vuela desde

(1) Quod autem ascendit, quid est nisi quia descendit, primum in inferiores partes terræ? Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes coelos, ut impleret omnia (Ephes. IV. 9, 10).

(2) Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt (Cant. VI. 4) Id est prævaluerunt mihi..... quia ipsi vincunt me..... quia me superbiorem faciunt..... extulerunt et superbire me fecerunt. q. d. Tantus est decor oculorum tuorum o sponsa, tanta tamque ignea in eis vis, ut me in sui amorem rapiant, ut amori succumbam etc. (Alap. hic).

las alturas para unirse con ella, baja en el sacrificio al interior del santuario; y si le dice: "Aparta tus ojos, no me mires", es porque gusta ser mirado y vencido, como cuando á Moisés le decía: "Déjame que se encienda mi furor contra ellos" (1), cuando precisamente deseaba perdonarlos por la intercesión de su siervo.

"No haré volar más á tu Doctor, y tus ojos estarán viendo á tu Preceptor, y tus oídos escucharán la palabra de quien te avisa: este es el camino." Pero ¿cómo lo miramos? ¿de qué manera lo escuchamos? ¿cuáles son sus lecciones?

Escuchadlo, h. m. Durante los ocho primeros siglos de la Iglesia, no era aún concedido á los fieles el tener expuesto en alto á sus miradas el Sacramento de la Eucaristía. Más tarde fué puesto latente dentro de píxides suspendidas en figura de torres; pero el blanco pan no aparecía ante los ojos; más tarde todavía, la Iglesia comenzó á descubrirlo, y para mover el celo é inflamar la caridad de sus hijos, véis hoy cómo ha llegado á permitir la exposición diurna y perpetua, y no dejará más que en este templo consagrado á la Trinidad augusta, vuele de aquí nuestro sapientísimo Doctor, y vuestros ojos podrán estarle mirando cada día, y vuestros oídos escuchando sus lecciones. "*Non faciet avolare a te ultra doctorem tuum: et erunt oculi tui videntes præceptorem tuum, et aures tue audient verbum.*" Mas, ¿por qué anuncia el profeta que nos amonestará tras las espaldas? ¿No es este un extraño modo de enseñar á los discípulos?

Cristianos: vendrá un día en que veremos al Señor, cara á cara, como dice el Apóstol; pero ahora sólo lo vemos como en enigmas y en cristales (2).

Por eso dice en el Cántico que el Señor "está tras la pared, y

(1) *Dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos, et deeam eos* (Ex. XXXII. 10).

(2) *Videmus nunc per speculum in enigmate: tunc autem facie ad faciem* (1. Cor. XIII. 12).

por las ventanas nos observa, y nos contempla por los resquicios" (1). Jesucristo, encarnado, está tras de la pared, dice San Gregorio Papa (2), porque tras de la humanidad que asumió, oculta su divinidad, y las ventanas por donde nos mira, son, en sentir de San Bernardo, los sentidos de su carne; mas si su humanidad es la pared tras de la cual está ocultando su divinidad (3), pues que en la Eucaristía, como canta el angélico Doctor: "*Latet simul et hudmnitas,*" se esconde y oculta al mismo tiempo la humanidad, de aquí es que los resquicios por donde nos mira y nos contempla, son las especies del sacramento, desde las cuales nos ve, como creen muchos teólogos, aun con sus mismos ojos corporales (4). Y así como el que asoma por un resquicio, aunque pequeño, mira muy bien lo que está fuera y tal cual es; mas el que es visto, nada ve hacia dentro ó ve muy poco; así Jesucristo, latente en la Eucaristía, perfectamente nos mira y nos penetra, mientras nosotros allí nada vemos, sino solas las especies que le ocultan. Y por eso también, dice Isaías, que oiremos á quien nos amonesta por tras de las espaldas, porque no vemos cara á cara su faz allí escondida: bien sea porque el pecador vuelve al Señor las espaldas, cuando de él se aleja (5) ó bien, como explica San Gregorio, porque cuando menosprecia sus lecciones y conculca sus preceptos entonces vuelve la cara para no ver á su Preceptor y sólo oye su voz á las espaldas (6).

(1) *En ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens, per cancellos.* (Cant. II. 9).

(2) *Quasi post parietem nostrum Christus incarnatus stetit, quia in humanitate assumpta, divinitas latuit.* (Greg. hic.)

(3) *Porro cancellos et fenestras per quas respicere perhibetur, sensus carnis et humanos dicit affectus* (Bern. Serm. 56).

(4) *Per species sacramentales... quasi per cancellos clare nos intuetur, non solum oculis mentis; sed et corporis ut multi Theologi censent.* (Alap. hic.)

(5) Ita Haymo ap. Alapid. hic.

(6) *Quasi terga in præceptorem faciem vertimus, cum verba despiciamus, cujus præcepta calcamus* (Greg. Homit. 34. in Evang.)



## II

**P**ERO desearéis saber, h. m., de qué manera desempeña con nosotros Jesucristo, latente en la Eucaristía, los oficios de Doctor y Preceptor, que sin dejarnos mora con nosotros. Ya, pues, que como Doctor, le estamos mirando, y como Preceptor le han de escuchar nuestros oídos, claro es que nos enseña con los ejemplos que se miran, y con la doctrina que se escucha.

Bajo el título de Doctor solemos ahora entender al médico que cura las enfermedades del cuerpo, al que mucho gustan ver los dolientes que reclaman sus cuidados. En este sentido veamos qué remedios nos ofrece aquí este Doctor Divino, para curar los males de nuestras almas.

Y primeramente, la enfermedad más general que nos aqueja, es la fiebre de la concupiscencia: este es un fuego terrible que nos consume, un ardor maligno que nos agota y nos devora.

Mas, como pregunta el Espíritu Santo (1), *Nonne ardorem refrigerabit vos?* ¿Cómo el rocío no ha de refrigerar nuestro ardor? Quien padezca ese fatal bochorno, venga á esta fuente, dice San Buenaven-

(1) Eccli. XVIII. 16.

tura, y aquí refrigerará sus ardores (1), sí, y en esta fuente también se recreará, añade el Crisóstomo, pues en ella se mitiga, no el calor de los rayos del sol, sino el de las saetas encendidas en fuego infernal (2).

Y San Bernardino de Sena advierte (3), que cuando en otro tiempo bajaba el maná, descendía también al campo el rocío, en señal de que bajando ahora al alma el maná sacramental, desciende también á la carne la gracia refrigerante. Lo mismo advierte el Angélico Maestro (4). Así cura nuestro sabio Doctor la fiebre de la concupiscencia.

La corrupción de la sensualidad es como un cáncer devorador de las almas, funesto y pestilente, que causa ruinas espantosas. Mas, aquí en la Eucaristía, el Señor nos propina un vino que engendra vírgenes, y que es de tan maravillosa eficacia, que los que con él se sacian adquieren la incorrupción, y guardando perpetua pureza, cubiertos de blancas vestiduras siguen al Cordero por donde quiera que va, como dice San Jerónimo (5), y con este vino prescribe también nuestro Doctor otro remedio: á uso interno nos da la flor del campo y el lirio de los valles, que es él mismo: Flor del campo que á todos se ofrece; lirio de los valles, de los pobres y humildes á quienes más aprovecha. Y el vino con la flor y con los lirios, es medicina que aplicada como se debe, apaga la sensualidad y castifica las almas y los cuerpos.

(1) Si quis æstum patitur ad hanc veniat fontem et refrigeret æstum. (Bonav. in VI. Fran.)

(2) Si quis æstuat ad hanc fontem se conferat et recreabitur..... æstus mitigat, non solares, sed quos ignite sagittæ imprimunt (Hom. 45).

(3) Exodi XVII scribitur quod descendente manna de cælo descendebat pariter et ros, in signum quod cum manna sacramentali in animam descendente, pariter descendat et ros gratiæ refrigerantis (L. I. A. 54.)

(4) Panis coelestis in similitudinem et roris apparebat, quia corpus Domini á fervore praviæ conversationis refrigerat. (Thom. Op. 58.)

(5) Ipse est et vinum quod letificat cor hominis et bibitur ab iis virginibus quæ sunt sanctæ corpore et spiritu..... Hoc vino inebriati sunt qui sequuntur Agnum Dei quocumque ierit, vestiti candidis vestibus..... (Hieron. Lib. II. contra Jovinian.)

Padécese también mucho ahora, la anemia del espíritu: caimiento, tedio, falta de fuerzas, dificultad de respiración y debilidad de operación.

Este mal aparece incurable. ¿Cómo lo atacará nuestro médico celestial?..... Preparado tiene un grano maravilloso de fuerte nutrimento, que se llama el pan de los fuertes, de los robustos, y de los escogidos y aun de los jóvenes (1), porque su sustancia, nutre, fortalece y como que rejuvenece al alma: y al recibir este pan, dice San Cipriano, nos sentimos corroborados y aun animados á dar nuestra sangre, por Aquél que en la cruz derramó la suya por nosotros (2).

Padeciendo también estamos todos las dos funestas heridas que nos hizo el pecado, una en el entendimiento, y en la voluntad la otra; llagas profundas é inveteradas que nos debilitan, y dificultándonos lo bueno, nos inclinan á lo malo. Cuando el rey Ezequías llagado con una herida incurable, no encontraba remedio, el profeta Isaías, inspirado del Señor, mandó formar una masa de higos secos, y aplicarla como cataplasma sobre la herida (3), y con tan extraño remedio, recuperó el rey la salud. Pues así, dice San Bernardino de Sena, este pan dulce de la Eucaristía, figurado por aquella masa de frutas dulces, es el que aplicado á las llagas de nuestra alma, las sana y nos alivia (4). ¡Remedio precioso del celeste Doctor!

Muchas veces nos sobrecoge y nos conturba una negra melancolía, y este mal nos quita la paz, nos amarga la vida, y nos hace desear, hasta con ansia, la llegada de la muerte; y parece extraño que

(1) Frumentum electorum (Zach. IX, 17) fortium, juvenum. (Alap.)

(2) Dum enim Christi sanguinem pro nobis fussum suscipimus, roboramur et excitamur, ut et nostrum sanguinem pro ipso generose et libenter profundamus (Lib. I. Epist. ad Cornel.)

(3) Jussit Isaías ut tollerent massam de ficis, et cataplasment super vulnus, et sanaretur. (Is. XXXVIII. 21.)

(4) Ulcus regis concupiscentiæ est carnis, sed ficuum massa, Corpus est Christi continens omnium bonorum savitatem. (S. 54. a. 1.)

en nuestros días de goces y placeres, el alma esté sujeta á tan extraña tristeza. ¿Qué hará nuestro Doctor para curarla?..... Pues nos ministra ese vino generoso que alegra el corazón del hombre; no el vino exprimido de la vid que trastornó al patriarca Noé: no ese vino fatal, en el cual, como dice el Apóstol, se halla la lujuria: no ese vino, que como dice un profeta (1), roba el corazón, es decir, el juicio y la prudencia; sino aquel vino, del cual dice el Real profeta: "Mi cáliz embriagador, cuánto es excelente" (2). Aquí nos lo da el Señor y calma nuestra angustia: "Con este vino, dice San Cipriano, dilátase la mente, desvanécese la tristeza, y el pecho, triste y afligido, antes oprimido con la memoria de sus pecados, palpita rebosando de la alegría de la reconciliación y del perdón (3).

Finalmente, dice San Ignacio mártir (4): la Eucaristía es receta de inmortalidad, antídoto de la muerte y medicamento que purga todos los vicios; es, añade Tomás de Kempis (5), salud, no sólo del alma, sino también del cuerpo, medicina de toda enfermedad espiritual con la que todas las culpas y delitos son curados. Jesucristo, real y verdaderamente presente en la Eucaristía, es, pues, nuestro Doctor y Médico, que ya no se alejará de sus clientes enfermos; pues como estaba anunciado, vino no sólo á evangelizar á los pobres, sino también á curar á los de corazón quebrantado, á dar vista á los ciegos; libertad y salud á los prisioneros (6).

(1) Ose IV. 11.

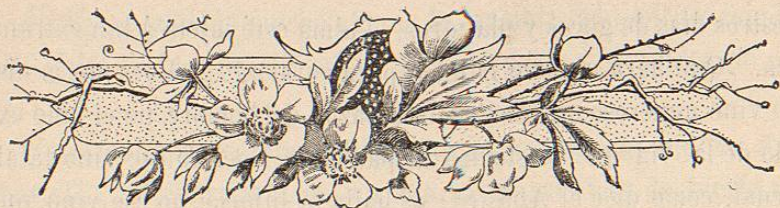
(2) Calix meus inebrians, quam præclarus est! (Psalm. XXII. 5.)

(3) E potu sanguine Domini fiat oblivio conversationis, pristinae sæcularis, et mœstum pectus ac triste, quod prius peccatis agentibus præmebatur divina indulgentiæ lætitia resolvatur. (Cypr. Ep. 63.)

(4) Pharmacum immortalitatis, mortis antidotum, medicamentum purgans vitia (Ep. ad Ephes).

(5) Est hoc altissimum et dignissimum sacramentum salutis animæ et corporis, medicina omnis spiritualis languoris in quo vitia mea curantur, etc. (De Imit. l. IV. cap. 4 n. 2).

(6) Mederer contritos corde (Is. LXI. 1), et cæcis visum, dimittere contractos. . . . (Luc. IV. 19).



### III

**Q**UERÉIS ahora, a. h. m., vistas las curaciones del Doctor, escuchar las lecciones del Preceptor y Maestro, predicadas á las espaldas de los accidentes eucarísticos? “*Et aures tue audient verbum post tergum moventis?*”

Su primera lección, ya la dió desde en vida mortal por sus graciosos labios, “*diffussa est gratia en labiis tuis.*” (Psalm. XLIV.) “Aprended de mi que soy manso y humilde de corazón” (1). Lección de todos los tiempos y de todos los lugares, quizá ninguna época había tenido tanta necesidad de estudiarla y practicarla como la nuestra: el dominio admirable que el hombre ha adquirido sobre la naturaleza, sus conquistas y progresos que todos reconocen y la Iglesia nunca niega, la instrucción que en todos ramos adquiere, le han trastornado la cabeza, hale hinchado la ciencia, y llevado á un orgullo satánico, rompió los vínculos de la religión y á Dios le dijo: “No serviré” (2).

Los hombres de hoy, pues, creyeron bastarse á sí mismos y no necesitar más al Señor.

(1) Discite a me quia mitis sum et humilis corde (Math. XI. 32).

(2) Confregisti jugum meum, rupisti vincula mea et dixisti: Non serviam (Hier. II. 20).

Y este orgullo ha causado en las naciones trastornos espantosos, y ha alejado de Dios á los individuos. Fuerza es venir ante el divino Maestro y aprender á ser como él, mansos y humildes, y lejos de engreirnos con nuestros triunfos, acercarnos al trono eucarístico, á deponer, como los ancianos del Apocalipsis, nuestras coronas ante el Cordero inmolado (1).

La segunda lección nos da Jesús, diciendo: “Así como yo lo hice con vosotros, así hacedlo también vosotros” (2). Jesucristo se da aquí todo á nosotros; nada se reserva, su Divinidad con su Humanidad; su Cuerpo con su Sangre, su Alma con su ardiente Corazón, sus méritos con sus virtudes; todo nos lo participa; todo quiere ser nuestro. Y así debemos darnos todos á nuestros hermanos: el mundo colecta dineros para los necesitados, divirtiéndose; Jesús se nos dió á sí mismo sudando sangre; la verdadera caridad va siempre junta con el sacrificio; el amor cristiano es la donación de sí mismo. Y así, aunque el mundo junte grandes sumas para atender á las públicas miserias, sólo abre su bolsillo, sin abrir su corazón; y es necesario venir á aprender las condiciones de la caridad, aquí al pie del trono, donde vemos al Maestro divino y escuchamos sus lecciones.

La tercera lección la hemos oído ya: “Descansad, en el silencio y en la esperanza estará la fortaleza” (3). Jamás se ha hablado tanto como en nuestra época; la prensa habla demasadamente por sus diarios; y casi cuanto habla, es hostil á la fe de Jesucristo; los hombres hablan mucho de negocios, torrentes se precipitan de palabras ociosas, y copiosos ríos de perniciosas. Todo eso nos daña, nos aparta de

(1) Procidebant viginti quatuor seniores ante sedentem in throno, et adorabant viventem in sæcula sæculorum, et mittebant coronas suas ante thronum. (Apoc. IV. 10).

(2) Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis (Joan. XIII. 15).

(3) Si revertamini et quiescatis, salvi eritis: in silentio et in spe erit fortitudo vestra (Is. XXX. 15).